

MARÍA. Y yo lo sabía, y permití que se consumase el crimen, y con palabras halagüeñas atraje á la víctima á los fatales lazos de la muerte....

ANA. Vuestra tierna edad excusa aquella falta. Mas bien que culpa fué ligereza, irreflexion de la juventud.

MARÍA. ¡Mi tierna edad!... ¡mi juventud!... ¡y manché con un crimen el principio de mi vida!...

ANA. Os obligaron á ello las sangrientas ofensas con que os ultrajaba la insolencia de un hombre á quien en mal hora levantasteis del polvo de la tierra.... Vuestra mano, como la de una divinidad, le elevó á vuestro trono, á vuestro tálamo nupcial; y le entregasteis á la par vuestras gracias y vuestra corona. ¿Debia ese hombre olvidar que su suerte brillante era obra de vuestro generoso amor?... Sin embargo, todo lo olvidó; os ofendió con injuriosas sospechas; hirió vuestra delicadeza con sus maneras vulgares, llegó á hacérseos insoportable.... ¿y no habia de desaparecer el encanto que fascinaba vuestros ojos?... Cuando en vuestra cólera huiais y evitabais sus caricias, ¿qué hizo el ingrato para volver á vuestra gracia?... ¿pidió perdon?... ¿se echó á vuestros piés?... ¿os prometió la enmienda?... No.... os insultó; os provocó; y debiéndooslo todo, pretendió ser vuestro soberano.... Mandó asesinar á vuestra vista al cantor Riccio, al inocente favorito, y vos vengasteis muy justamente, con la sangre del asesino, la alevosa muerte del desdichado trovador.

MARÍA (con amargura.) Y el asesino será á su vez vengado por mi sangriento suplicio.... ¡Ana!... ¡Ana!... pretendes defenderme y pronuncias mi sentencia.

ANA. Padeciais entonces un acceso de delirio, en que vuestro corazon habia dejado de perteneceros. Un amor ciego se habia apoderado de vos, y erais presa de un infame seductor. La arrogancia de Bothwell dominaba vuestra voluntad por el terror, estraviaba vuestra alma con filtros mágicos é intrigas infernales.

MARÍA. No hubo mas magia que la fuerza de su alma y la debilidad de la mia.

ANA. No, os engañais, señora. Bothwell llamó á su socorro el poder de todos los espíritus infernales, para aprisionar en sus funestos lazos la inocencia de vuestro corazon. Cerrasteis los oidos á los consejos de la amistad, y vuestros ojos dejaron de distinguir lo que mas os convenia. Abjurasteis la prudente reserva, y ese semblante, poco antes espejo del casto y modesto rubor, ardia en el fuego inmoderado de las pasiones. Lanzasteis lejos de vos el velo del misterio, y sacrificando vuestra timidez á la impudencia de un hombre vicioso, hicisteis alarde con atrevida frente, de vuestra propia vergüenza. Permitisteis que aquel hombre, aquel asesino execrado y maldecido por vuestro pueblo, ciñese la espada real de Escocia y pasease con ella las calles de Edimburgo. Dominasteis el Parlamento por la fuerza de las armas, y en el mismo santuario de las leyes, representasteis una farsa judicial, para absolver de su crimen al asesino. Todavía hicisteis mas.... ¡oh Dios!

MARÍA. ¡Acaba, Ana!... le dí la mano al pié de los altares....

ANA. ¡Oh!... ¡Dejad esta accion sepultada en eterno silencio! Es repugnante, es altamente criminal, es propia de la mujer mas envilecida... sin embargo (en tono cariñoso,) ¡vos no lo sois! Yo que os eduqué en vuestra primera infancia, os conozco mejor que nadie.... Vuestro corazon débil no es inaccesible al pudor; y la ligereza es vuestra única falta.... Sí, lo repito. Hay espíritus malignos que se establecen por un momento en las almas indefensas, las arrastran al crimen, y cuando han conseguido manchar su

pureza, se vuelven al infierno. Despues de aquella accion, que echó un velo sombrío sobre algunos dias de vuestra vida, nada habeis hecho de vituperable.... yo he sido testigo de vuestra conversion.... Animaos, pues.... procurad reconciliaros con vuestra propia conciencia.... sea cual fuere vuestro remordimiento, no sois culpable en Inglaterra.... Isabel y su parlamento no son vuestros jueces naturales, y aunque os oprima la tiranía, atreveos á parecer ante ese ilegítimo tribunal con el valor de la inocencia.

MARÍA. ¿Quién será?... (Mortimer aparece en la puerta.)

ANA. Es el sobrino de nuestro carcelero.... Retiraos, señora.

ESCENA V.

Los precedentes. MORTIMER se aproxima con precaucion.

MORTIMER (á Ana.) Retiraos.... tengo que hablar á la reina.... no os alejeis de la puerta, para que nadie nos interrumpa.

MARÍA (con firmeza.) ¡Ana!... no te vayas.

MORTIMER. Nada temais, señora.... pronto me conoceréis.... (le dá un papel.)

MARÍA (toma el papel, lo mira, y queda asombrada.) ¡Cielos!... ¿Qué veo?

MORTIMER (á Ana.) ¡Ana!... retiraos, y cuidad de que mi tio no nos sorprenda.

MARÍA (á Ana que la mira vacilando.) Obedece, Ana!... retírate.... (Ana se vá manifestando su sorpresa.)

ESCENA VI.

MORTIMER, MARÍA.

MARÍA. ¡Noticias de Francia!... ¡una carta de mi tio el cardenal de Lorena!... (lee.) «Confiad en sir Mortimer, dador de la presente, pues no teneis en Inglaterra un amigo mas fiel.» (Mira á Mortimer con sorpresa.) ¿Será posible?... ¿no me engaña una ilusion?... ¿cuándo me creia abandonada de todo el mundo, hallo un amigo tan cerca de mí, en el sobrino de mi carcelero, en el hombre á quien yo miraba como el mas cruel de mis contrarios?

MORTIMER (con muestra de respeto.) ¡Señora!... dispensad la máscara odiosa que no pude menos de adoptar para aproximarme á vos.... Mucho sufrí antes de revolverme á hacer un papel tan repugnante, pero era el único medio de proporcionaros la libertad...

MARÍA. Levantaos, Sir Mortimer.... me sorprendeis.... me haceis pasar repentinamente del abismo del dolor al colmo de la esperanza.... Hablad.... hablad.... hacedme comprender esa felicidad que me anunciáis, para que pueda creerla.

MORTIMER (se levanta.) El tiempo vuela, y mi tio no tardará en presentarse con un odioso personaje. Antes, pues, que éste venga á sorprenderos con su tenebrosa mision, escuchadme, y admirad los medios que el cielo ha combinado para libertaros.

MARÍA. Será un milagro de su omnipotencia.

MORTIMER. Permitid que empiece á hablaros de mí.

MARÍA. Hablad, Sir Mortimer.

MORTIMER. Educado en los severos principios de la religion anglicana, y enemigo acérrimo de la iglesia de Roma, sentí á los veinte años un deseo irresistible de viajar por el continente, y despreciando las sombrías predicaciones de los puritanos, salí de mi patria, atravesé rápidamente la Francia, y corrí presuroso á visitar las célebres campiñas de Italia. La iglesia católica se disponia á celebrar una de